

El.
camino
hacia
la Vida
eterna

Este folleto no es para la venta.

© 1995, 1996, 2016 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*,

Todos los derechos reservados. Impreso en Estados Unidos.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*, que se distribuye gratuitamente. Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Contenido

3 Introducción

Los procedimientos que usan las distintas iglesias para admitir a nuevos creyentes en su medio varían ampliamente, aunque la mayoría asegura que tales métodos se basan en la Biblia. ¿Cómo puede uno establecer una relación con Dios, y qué tan importante es ello?

5 Arrepentimiento: El primer paso

En su Palabra, Dios nos dice que nuestros pecados nos han apartado de él. ¿Cómo, entonces, podemos iniciar una relación con nuestro Creador? La respuesta bíblica es que debemos arrepentirnos y ser bautizados, pero ¿qué es exactamente el arrepentimiento, y cómo puede uno llegar a experimentarlo?

17 Bautismo en agua e imposición de manos

El siguiente paso para entablar una relación con Dios es bautizarse y recibir el Espíritu Santo. ¿Qué simboliza el bautismo? ¿Cuál es el bautismo apropiado? ¿Cómo puede uno recibir el don del Espíritu de Dios?

25 El perdón de los pecados

Una vez que nos arrepentimos y bautizamos, Dios nos otorga un magnífico regalo: su perdón por nuestros pecados. Estos son borrados junto con nuestra culpa, lo cual nos permite comenzar una nueva vida. ¿Alcanza usted a darse cuenta del extraordinario papel que juega el sacrificio de Jesucristo en este proceso?

31 Cómo perseverar hasta el fin

El arrepentimiento, el bautismo, el perdón y el recibimiento del Espíritu de Dios son solamente los primeros pasos en nuestro camino hacia la vida eterna. Después, debemos seguir recorriendo ese camino que conduce a nuestro destino final: el Reino de Dios. ¿Cómo podemos mantener el rumbo y no desviarnos?

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo ser. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del "Alto y Sublime, el que habita la eternidad" (Isaías 57:15).

Introducción

*“Entrad por la puerta estrecha . . . porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”
(Mateo 7:13-14).*

¿Cree que hay muchos caminos que llevan al Reino de Dios? Aunque la mayoría de las iglesias tienen procedimientos formales para aceptar a los creyentes en su medio, sus costumbres y enseñanzas difieren mucho entre sí. Cada una parece utilizar un método distinto, y hasta sus ceremonias de bautismo

son diferentes. En algunas, el agua se rocía o se vierte; en otras, los creyentes son sumergidos completamente en un río o lago. Algunos grupos bautizan a bebés; otros no. Más aún, otros ni siquiera creen que el bautismo sea necesario.

La mayoría sostiene que su autoridad proviene de la Biblia, pero en la práctica sus doctrinas son muy variadas.



Las ceremonias bautismales entre las distintas iglesias difieren mucho entre sí. En algunas, el agua se rocía o se vierte; en otras, los creyentes son sumergidos completamente en un río o lago. Algunos grupos bautizan a bebés; otros no. Más aún, hay quienes ni siquiera creen que el bautismo sea necesario. ¿Qué tan importante es esto?

¿Autoriza la Biblia tal variedad de creencias y costumbres? ¿Es eso algo que debe preocuparnos? Más importante aún, ¿qué opina Dios al respecto?

¿Qué acude a nuestra mente cuando pensamos en establecer una relación con Dios? ¿Nos imaginamos asistiendo a las reuniones de alguna campaña evangelística, siguiendo a tal o cual televangelista o participando en grupos de oración y estudio de la Biblia? Quizá nuestro único contacto con la religión hayan sido los predicadores callejeros o el agresivo evangelismo de los que van de puerta en puerta.

Con semejante variedad de filosofías contradictorias, no es extraño que muchos se vuelvan escépticos con respecto a la religión. Algunos seguramente creen que la idea de vivir eternamente es solo un sueño ilusorio. Para el incrédulo empedernido, el bautismo quizá no sea más que una costumbre curiosa, un rito absurdo; y la sola sugerencia de que es un paso necesario para alcanzar la vida eterna puede parecerle ridícula. Otros sencillamente no saben qué pensar al respecto.

Y usted, apreciado lector, ¿sabe lo que la Biblia enseña acerca de este tema tan importante?

Notemos lo que dijo Jesucristo: “Ninguno puede venir a mí, *si el Padre que me envió no le trajere*; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:44, énfasis nuestro en todo este folleto).

Vemos, entonces, que venir a Dios es un proceso iniciado por él, y a nosotros nos corresponde aceptar o rechazar la relación que Dios nos ofrece. Si la aceptamos, hay un procedimiento claramente establecido en las Escrituras que debemos seguir.

El apóstol Pedro declaró a quienes estaban reunidos el día de Pentecostés que debían *arrepentirse y hacerse bautizar para el perdón de sus pecados* (Hechos 2:38). Aquellos que así lo hicieron recibieron el Espíritu Santo, el cual Dios también nos dará a nosotros si seguimos esos mismos pasos. Esto permitirá que vivamos una vida nueva, a la cual hemos sido llamados.

El bautismo representa el compromiso más importante que puede contraer un ser humano. Aunque la ceremonia es sencilla, mediante la misma reconocemos un cambio profundo que ocurre en nuestra mente y nuestro corazón. Este acto simboliza nuestro total sometimiento a Jesucristo como nuestro Amo y Señor, y como nuestro Salvador.

Dios desea fervientemente que emprendamos el viaje hacia la vida eterna. El apóstol Pedro nos dice: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, *sino que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9). Si aceptamos su ofrecimiento, podemos convertirnos en sus hijos. En Juan 1:12 leemos: “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”.

El bautismo, tal como lo presenta la Biblia, es mucho más que una simple ceremonia religiosa para los niños o un rito que nos permite unirnos a una iglesia. En realidad, es el resultado de una decisión sumamente seria que solo debe ser tomada por una persona madura; es un paso que no debe darse sin una profunda reflexión. Jesús advirtió a cualquiera que quisiera seguirle, que calculara el costo antes de comprometerse (ver Lucas 14:27-33). El bautismo es un acto que simboliza la magnitud de ese compromiso, y un gran paso por el camino angosto que nos lleva a la vida eterna.

El primer paso: Arrepentirse

“En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:1-2).

Después de que Dios nos llama, el *arrepentimiento* es el primer paso en nuestra relación con él. Sin el arrepentimiento, nos encontramos apartados de Dios: “He aquí que no se ha acortado la mano del Eterno para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero *vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír*” (Isaías 59:1-2).

Sin embargo, él quiere que todos se arrepientan y se conviertan en hijos suyos (2 Pedro 3:9; Juan 1:12). Para que esto sea posible, Dios en su gran misericordia empieza a guiarnos al arrepentimiento (Romanos 2:4).

Notemos cómo el apóstol Pedro enseñó a quienes Dios estaba llamando. En su primer sermón, el cual predicó en la Fiesta de Pentecostés, Pedro dijo: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este



La Biblia describe el arrepentimiento como un profundo reconocimiento de nuestros pecados y la consiguiente tristeza que ello provoca y que nos hace cambiar nuestro modo de pensar y actuar.

Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”.

Aquellos que le escuchaban “se compungieron de corazón” y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” Pedro respondió: “*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el*

nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:36-38).

Pero ¿qué significa *arrepentirse*? Entre sus definiciones se incluyen: apartarse afligido de la antigua forma de actuar; cambiar positivamente el modo de pensar; sentir profundo remordimiento o contrición; entristecerse reconociendo uno mismo su culpabilidad ante Dios; aborrecer los pecados anteriores; alejarse completamente del pecado.

La Biblia describe el arrepentimiento como un profundo reconocimiento de nuestros pecados y la consiguiente tristeza que esto provoca y que nos hace cambiar nuestro modo de pensar y actuar. El apóstol Pablo lo explicó de esta manera: “La tristeza que proviene de Dios produce arrepentimiento que lleva a la salvación, de la cual no hay que arrepentirse, mientras que la tristeza del mundo produce la muerte” (2 Corintios 7:10, Nueva Versión Internacional).

La tristeza del mundo es superficial, de manera que no produce un cambio verdadero y permanente, pero la tristeza según Dios nos permite ver cuán perversos somos como humanos; nos hace poner nuestra esperanza en Dios y nos lleva a hacer un compromiso profundo que realmente *transforma* nuestro modo de pensar y actuar.

La esencia del arrepentimiento es el *cambio*: abandonar nuestra antigua forma de vivir para obedecer y servir a Dios. Pedro, en el sermón que citamos anteriormente, describió el arrepentimiento como una profunda y sincera expresión de *sumisión* a Dios. Esto es el resultado de haber reconocido nuestra culpabilidad ante Dios y lo que Jesús hizo como nuestro Salvador personal para reconciliarnos con el Padre (Romanos 5:8-10; 2 Corintios 5:18-20). El arrepentimiento nos une al Padre y a Jesucristo en una relación extraordinaria.

El milagro del arrepentimiento

Desde el comienzo mismo de nuestra relación con Dios, debemos comprender que el arrepentimiento es en sí un milagro. Vemos en la Biblia que la oportunidad de arrepentirnos es un don de Dios, que solo es posible cuando él nos atrae hacia sí. Jesús dijo claramente: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere . . .” (Juan 6:44).

Es imposible que un ser humano, basado en sus propias fuerzas e intelecto, entregue su voluntad completamente a Dios. Humanamente, no podemos comprender la *profundidad del cambio* que Dios desea en nuestra mente y corazón. Necesitamos ayuda incluso para entender lo que es el pecado.

Por eso Dios tiene que *concedernos* el arrepentimiento (Hechos 11:18; 2 Timoteo 2:25). Además, necesitamos la fuerza de voluntad –tanto el deseo como la decisión– de arrepentirnos. Este deseo también viene de

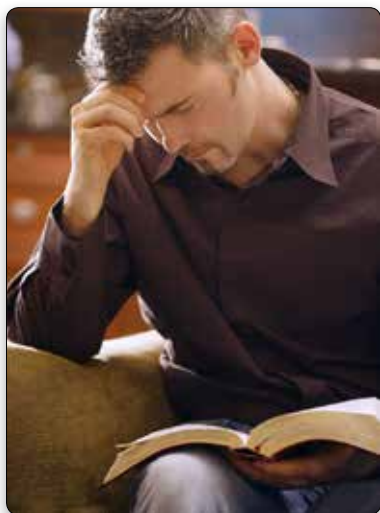
Dios, “porque Dios es el que en vosotros produce así el *querer* como el *hacer*, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Aunque Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4), él no obliga a nadie a arrepentirse. Su benignidad y bondad nos *guían* al arrepentimiento (Romanos 2:4), pero él no decide por nosotros; la decisión sigue siendo nuestra.

Quienes sinceramente se arrepienten se dan cuenta muy pronto de que Dios está obrando activamente en su vida, trabajando en ellos para crear un profundo deseo de efectuar los cambios necesarios para agradarle.

Queriendo saber qué es lo que Dios espera de ellos, estudian la Biblia, la inspirada Palabra de Dios, para *comprender* mejor su voluntad. Tales personas desean someterse a Dios y vivir de acuerdo con sus instrucciones.

El estudio diligente y sincero de la Palabra de Dios, junto con un fuerte deseo de someternos a su voluntad, pronto nos permite ver dentro de nosotros los mismos deseos egoístas que dominan el comportamiento y la forma de pensar de todo ser humano. Empezamos a reconocer la influencia penetrante que tiene “la mentalidad pecaminosa”, como la llamó el apóstol



El estudio diligente y sincero de la Palabra de Dios, junto con un fuerte deseo de someternos a su voluntad, pronto nos permite ver dentro de nosotros los mismos deseos egoístas que dominan el comportamiento y la forma de pensar de todo ser humano.

tol Pablo (Romanos 8:7, NVI), en nuestro pensar y actuar.

Pero primero, Dios tiene que convencernos del pecado (Juan 16:8) para que podamos arrepentirnos y así comprender cuán alejados estamos de sus caminos. Debemos ver el pecado dentro de nosotros y reconocer la hostilidad tan arraigada que tenemos contra Dios y sus leyes.

Reconocer el pecado en nosotros constituye un avance muy significativo, pues el primer paso para cambiar un mal hábito o evitar una mala acción es admitir que existe un problema. Debemos estar dispuestos a reconocer nuestras faltas y aceptar nuestra culpabilidad: “Si confesamos

nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:9-10).

¿Qué es el pecado?

En el mundo de hoy, el pecado no es un tema de moda. Lo que sí está de moda en nuestra sociedad es buscar la manera de absolvernos totalmente de la responsabilidad por nuestros actos. Los expertos suelen decir: “No se le puede hacer responsable de sus acciones, porque abusaron de él cuando era niño”. Lamentablemente, somos propensos a aceptar ciertas prácticas pensando que no puede ser tan malo si todo el mundo lo hace.

Jesús y sus apóstoles confirman la necesidad de obedecer a Dios

En Mateo 19:16, un joven le preguntó a Jesús qué debía hacer para heredar la vida eterna. Su respuesta fue: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (v. 17). Entonces Jesús enumeró varios de los mandamientos del Decálogo para dejar muy claro a cuáles mandamientos se estaba refiriendo: “No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (vv. 18-19).

Hoy, algunos dicen que la observancia de los mandamientos fue cumplida por Jesucristo, de modo que ya no es necesario que los guardemos. Veamos qué dice Jesús al respecto: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir” (Mateo 5:17).

Hay quienes tratan de negar esta clara afirmación diciendo que lo que este versículo significa es que la ley no fue abolida hasta que Jesús vino y la cumplió. Según este razonamiento, *cumplir* significa “poner fin”, “invalidar” o algún otro sinónimo de *abrogar*. Como ellos lo entienden, tal parece que Jesús dijo: “No he venido para abrogar la ley, sino

para invalidarla”.

Pero Jesús dijo que primero desaparecerían el cielo y la Tierra antes que la parte más pequeña de la ley (v. 18), y que la ley seguiría vigente hasta que todo se hubiera cumplido. Y como aún están por cumplirse muchas de las profecías bíblicas acerca del retorno de Cristo y otros sucesos futuros, sabemos que la ley no ha dejado de existir.

La verdad es que Jesús les estaba hablando a personas que creían que se debían guardar todos los mandamientos, y reafirmó la necesidad de que todos los que viniesen a él hicieran lo mismo. En Mateo 5-7 Jesús explicó cómo quería Dios que se guardaran los Diez Mandamientos. Al explicarlo y dar el ejemplo en su propia vida, él cumplió una profecía acerca de sí mismo que se encuentra en Isaías 42:21: “El Eterno se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla”.

La palabra griega traducida como *cumplir* en Mateo 5:17 es *pleroo*, que significa “llenar”, “atestar”, “suplir”, “completar”, “rellenar”, “(hacer o ser) perfecto” (W.E. Vine, *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, 1:358; 3:165).

Pero Dios va directamente al grano, y en la Biblia nos define claramente lo que es el pecado: “Todo el que comete pecado quebranta la ley; de hecho, el *pecado es transgresión de la ley*” (1 Juan 3:4, NVI).

¿A qué ley se estaba refiriendo Juan? Lo aclara en otro pasaje de esta epístola: “En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:3-4).

También escribió: “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). El pecado se define como el *quebrantamiento de los mandamientos y leyes de Dios*.

¿Por qué debe preocuparnos el quebrantar las leyes de Dios? ¿Porque

Jesús vino para llenar completamente el significado de la ley de Dios. La enseñanza de Jesús según la cual el hombre que codicia a una mujer ya cometió adulterio en su mente, representa su concepto más amplio de los Diez Mandamientos. Él expresó su esperanza de que tengamos algo más que un simple enfoque legalista y sujeto a la letra de la ley; además, quiere una mente sumisa, un corazón sobre el cual esté escrita la ley de Dios (Hebreos 8:10).

Jesús aclara además: “De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (Mateo 5:19).

Vemos claramente que *cumplir* no significa “abrogar”.

Otro malentendido muy común es la idea de que el apóstol Pablo introdujo un evangelio nuevo, lo cual hace innecesario seguir el ejemplo de Jesucristo y guardar la ley de Dios. Pero los apóstoles del Nuevo Testamento, quienes fueron enseñados personalmente por Jesús, ciertamente no estaban de acuerdo con este concepto.

El apóstol Juan dijo: “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si *guardamos sus mandamientos*. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es men-

tiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:3-6).

El mismo Pablo refutó esta idea errónea diciendo: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Corintios 11:1). Lejos de condenar la ley, Pablo dijo: “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12), y: “Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (v. 22). De hecho, él dijo “lo que importa es cumplir los mandamientos de Dios” (1 Corintios 7:19, NVI).

Debemos evitar mezclar nuestras propias ideas con las enseñanzas de la Biblia. Nuestro Salvador nos advirtió que no confiáramos en nuestras propias ideas, sino en las leyes de Dios: “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues *en vano me honran*, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres . . . Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición” (Marcos 7:6-9).

Nosotros también debemos seguir cuidadosamente el ejemplo de Jesús en vez de nuestro propio criterio.

está en juego nuestra vida eterna! El apóstol Pablo advirtió: “La paga del pecado es *muerte*” (Romanos 6:23). Es fácil reconocer pecados como el homicidio, el hurto y el adulterio, pero Jesús amplió el concepto del pecado al incluir hasta nuestros *pensamientos*, no solo nuestras acciones. Dijo que la ira, el odio y la codicia –que son pensamientos y actitudes– quebrantan los mandamientos en contra del adulterio y el homicidio tanto como los actos físicos (Mateo 5:22, 28; 1 Juan 3:15).

No hay nadie que no haya fallado: “Por cuanto *todos pecaron*, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

El apóstol Pablo describe nuestro estado natural, carnal, separados de Dios: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios . . . No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno . . . Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Romanos 3:10-12, 15-18; vea Salmos 14:2-3; 53:2-3; Isaías 59:7-8; Salmo 36:1).

El arrepentimiento es un cambio interno

Aunque Dios sabe que somos pecadores, no es severo con nosotros; no obstante, sí exige que nos convirtamos y nos sometamos a él. Espera que adoptemos en nuestra vida su modo de pensar y actuar, tal como lo revelan las Sagradas Escrituras; quiere que desechemos nuestra antigua manera de pensar y vivir, y que nos convirtamos en un “nuevo hombre” cambiando nuestros pensamientos, actitudes y carácter (Efesios 4:22-24). Dios nos dice: “Renovaos en el espíritu de vuestra mente” (v. 23).

Estas advertencias significan para nosotros toda una vida de crecimiento y cambio, comenzando por el cambio inicial: el arrepentimiento que Dios exige antes del bautismo. Él requiere que cambiemos nuestro corazón y nuestro rumbo en la vida.

Pablo escribió: “El ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Romanos 8:6). Debemos dejar que la Palabra revelada de Dios penetre en nuestra conciencia y cambie nuestro modo de pensar, porque ahí es donde empieza el verdadero arrepentimiento. El arrepentimiento es una decisión personal de permitir que Dios nos cambie por dentro y por fuera. Santiago dijo: “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros . . .” (Santiago 4:8).

La misericordia de Dios es tan grande que él nos perdonará, siempre y cuando abandonemos nuestro modo equivocado de pensar y obrar: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Eterno, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar. Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Eterno” (Isaías 55:7-8).

Aprendamos a pensar como Dios

Si el cambio se inicia desde adentro, con nuestros pensamientos, el buen comportamiento vendrá como consecuencia. El comportamiento justo, que Dios acepta, solo puede ser fruto de las convicciones, actitudes, emociones y deseos justos; es *el resultado* de nuestros pensamientos.

Pero ¿cómo podemos aprender a pensar como Dios? ¿Cómo podemos cambiar nuestros pensamientos? Dios nos revela su modo de pensar –sus normas y principios– en la Biblia. Por lo tanto, leyendo y estudiando sinceramente la Palabra de



Dios nos revela su modo de pensar –sus normas y principios– en la Biblia. Por lo tanto, leyendo y estudiando sinceramente la Palabra de Dios podemos aprender a pensar como él piensa.

Dios podemos aprender a pensar como él piensa.

En Proverbios 2:1-5 esto se expresa claramente: “Hijo mío, si recibieres mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, *entonces entenderás el temor del Eterno, y hallarás el conocimiento de Dios*”.

Jesús confirmó la importancia que tiene la Palabra de Dios como guía de nuestra vida: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Quien tenga una actitud de verdadero arrepentimiento buscará en la Palabra de Dios las instrucciones sobre cómo vivir.

Los frutos del arrepentimiento

En el Nuevo Testamento, el concepto del arrepentimiento fue introducido por Juan el Bautista, quien “fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados” (Lucas 3:3). Notemos que en su mensaje señaló la relación que existe entre el bautismo, el arrepentimiento y el perdón de los pecados; no se puede tratar ninguno de estos temas sin hablar de los otros dos.

Juan era muy conocido en su tiempo. Las multitudes le seguían y le pedían que los bautizara, mas él no recibía bien a todo el mundo; algunos sencillamente no entendían el concepto del arrepentimiento. Juan les advirtió: “¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? *Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento*” (Lucas 3:7-8).

Algunos se sorprendían cuando Juan se negaba a bautizarlos, y le pre-

La gracia y las obras de obediencia

Al igual que Juan el Bautista, Jesús dijo que debemos producir fruto: “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto . . . En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15:5, 8).

Algunos se confunden al darse cuenta de que Jesús espera que demos fruto; tales personas suponen que, de algún modo, debemos ganar nuestra salvación. Pero por supuesto, es imposible que nos la ganemos. La salvación es un don gratuito de Dios que no merecemos; jamás podríamos hacernos acreedores a la salvación, ni en cien vidas llenas de buenas obras.

No podemos ser salvos por nuestras obras. Solo el sacrificio de la sangre derramada de Jesucristo puede lavar nuestros pecados. No podemos lograrlo ni con nuestros pensamientos ni con nuestras acciones. Debido a que Cristo vive y está activamente ocupado en nuestra conversión, seremos salvos por su vida. El apóstol Pablo lo dijo claramente:

“Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, *seremos salvos por su vida*” (Romanos 5:8-10). Al vivir Cristo en nosotros, nos capacita para hacer buenas obras (Gálatas 2:20).

Gracia, obras y obediencia son términos complementarios, no contradictorios. La pala-

bra *gracia* significa “don” o “favor”. La salvación, o vida eterna, es un don que recibimos por gracia (Romanos 6:23; Efesios 2:8-9). Ninguna obra ni esfuerzo de nuestra parte podrá jamás asegurarnos la vida eterna. Sin embargo, la vida eterna no es gratuita: Cristo pagó por ella con su vida para que pudiéramos recibir el don de la salvación (Hechos 20:28).

No obstante, aunque la salvación nos es otorgada como una dádiva, lleva consigo ciertas condiciones. La primera es que nos arrepintamos; pero el arrepentimiento no nos hace merecedores de ningún favor. ¿Por qué? Porque el arrepentimiento es una *condición* para el perdón (Hechos 2:38). *Dios simplemente no perdonará a quienes voluntariamente persistan en el pecado como sistema de vida*. Pablo escribió: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:1-2).

Uno de los prerrequisitos para recibir el don divino de la salvación comprende cambiar el rumbo de nuestras vidas. Esto fue lo que enseñaron Cristo y los apóstoles. Pablo exhortó a muchos a “que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento” (Hechos 26:20). Las obras demuestran nuestro arrepentimiento ante Dios, pero de ninguna manera nos otorgan el derecho a exigir algo de él ni a jactarnos de que merecemos la vida eterna.

De hecho, Dios es quien nos guía para

guntaban: “¿Qué haremos?” (v. 10). ¿Cuáles eran esos frutos que él les exigía? ¿Qué era lo que esperaba de ellos?

A continuación Juan dio una de las descripciones más profundas y reveladoras del verdadero arrepentimiento que hay en toda la Biblia. Demostró que el verdadero arrepentimiento produce frutos: resultados auténticos de un corazón transformado. Juan no les dio una definición de las palabras

que le obedezcamos (Romanos 2:4; Hechos 11:18; 2 Timoteo 2:25) y luego nos da fuerzas para que tengamos éxito (Efesios 3:20; 6:10; Colosenses 1:11). Ambos actos de Dios son manifestaciones de su gracia hacia nosotros. Nuestro deber es cooperar con él (v. 29).

Dios espera buenas obras en nuestras vidas para que demos activamente nuestro arrepentimiento, su amor y su fe. El apóstol Santiago afirma categóricamente que “la fe sin obras es muerta” (Santiago 2:20, 26), y Pablo expresa claramente que Dios nos salva por gracia mediante la fe, con el expreso propósito de producir buenas obras, aunque estas no puedan hacernos merecedores de la salvación.

“Porque por gracias ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte. Porque somos hechura de Dios, *creados en Cristo Jesús para buenas obras*, las cuales Dios dispuso de antemano *a fin de que las pongamos en práctica*” (Efesios 2:8-10, NVI).

¿Por qué es tan difícil que la gente crea y acepte esto? Todo lo que hay que hacer es seguir sus pasos e imitar su ejemplo (1 Juan 2:6).

Jesús les dijo a sus discípulos: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). Y aunque las obras no nos conceden la vida eterna, sí glorifican y honran a Dios, y él requiere que lo honremos con la forma en que vivimos. Se den o no cuenta de ello, las personas que se rehúsan a llevar a cabo obras en sus vidas están deshonorando a Dios. “Profesan

conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tito 1:16).

¿Ganamos algo con las obras? Apocalipsis 20:12 dice que los muertos serán juzgados “según sus obras”. En Juan 14:2-3, Jesús afirma que va “a preparar lugar” para sus seguidores. En el Reino de Dios venidero, él asignará puestos de autoridad a los que vencieren (Apocalipsis 2:26; 3:21). Los santos resucitados gobernarán con Jesucristo en su reino (Apocalipsis 20:4, 6). Si nos sometemos a Dios y permitimos que su Espíritu nos guíe para vivir una vida de buenas obras, podremos desarrollar un carácter justo y santo que nos capacitará para reinar con Jesucristo.

Así, aunque nuestras obras no hacen que ganemos la salvación, sí *determinan nuestra recompensa en su reino*, como Jesucristo explicó en su parábola de los talentos (Mateo 25:14-30). Nuestro Señor también manifestó claramente esto en Apocalipsis 22:12 cuando dijo: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”.

En el versículo 14 Juan agrega: “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad”. Mediante la gracia de Dios, la dádiva de la vida eterna es otorgada a todos aquellos que demuestren su fe en Dios por medio de su obediencia.

Si desea entender más profundamente la relación entre la ley y la gracia en la vida de un cristiano, le recomendamos solicitar o descargar de nuestro sitio web nuestro folleto gratuito *El Nuevo Pacto ¿Anula la Ley de Dios?*

arrepentimiento y frutos sacada del diccionario, sino que les dio ejemplos de cómo era necesario *cambiar* para presentarse verdaderamente arrepentidos delante de Dios.

“Respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? Él les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario” (vv. 11-14).

Era práctica común de los publicanos satisfacer su codicia cobrando más de lo que establecía la ley por concepto de impuestos, para luego embolsarse el excedente. Los soldados aumentaban sus ingresos mediante

El importantísimo rol de la fe

En Hebreos 6:1-2 la Biblia expone las enseñanzas básicas del cristianismo. En este pasaje, entre “la doctrina de bautismos” y “el arrepentimiento de obras muertas” se encuentra la frase “fe en Dios”. ¿Qué es fe, y cuál es su papel en el proceso de arrepentimiento que conduce al bautismo y la salvación?

Muchas personas creen *en* Dios y dan por sentado que él existe, pero no les parece lo suficientemente real como para que afecte sus pensamientos y acciones. *Creerle* a Dios, por otro lado, significa tener fe en que él hará por nosotros todo lo que ha prometido hacer. Él espera que actuemos de acuerdo a esa creencia y que tengamos una fe viva en su existencia, su poder y sus promesas.

La fe no es un ingrediente mágico; sin embargo, produce un sentimiento de confianza *en* Dios. La fe capacita nuestras mentes para confiar en que el poder y la voluntad del Eterno pueden actuar en nuestras vidas. A medida que crece, la fe deja de ser una simple convicción moral y se convierte en un compromiso, no solo de confiar en Dios para que se involucre en nuestras vidas, sino también de hacer su voluntad.

La Palabra de Dios nos asegura que “el justo por la fe vivirá” y que “por fe andamos, no por vista” cuando nos arrepentimos de nuestros

pecados y comenzamos a vivir de manera dedicada y justa, dirigidos por Jesucristo, nuestro Salvador (Romanos 1:17; 2 Corintios 5:7). Aquellos que viven por fe como seguidores de Cristo y miembros de la Iglesia de Dios son “creyentes” en él (Hechos 5:14; 1 Timoteo 4:12).

La Palabra de Dios tiene una buena razón para llamarlos creyentes. En el Nuevo Testamento la palabra griega para “fe” es, prácticamente en todos los casos, la misma palabra que se usa para “creencia”. Aunque los traductores bíblicos deciden usar “fe” o “creencia” según su propia comprensión del contexto de cada pasaje, el significado de este vocablo es generalmente mucho más amplio que el de cada acepción por separado.

Aun en lenguaje moderno, creer en alguien, en algo o en alguna causa implica tener fe en esa persona, cosa o ideología: creer que es verdadera, justa y digna de nuestro apoyo y compromiso. Asimismo, tener fe según se define en la Biblia es creer plenamente en alguien (Dios) y en la legitimidad de su Palabra (la Biblia), actuar en consecuencia, y vivir por la causa más sublime de todas: la salvación de todos los que creen en el Reino de Dios venidero (Marcos 1:1-15).

Fe es creer. Pero no cometamos el garrafal error de pensar que solo porque creemos en Dios

la extorsión, intimidando y abusando de las mismas personas a quienes se suponía que debían proteger.

Como estos servidores públicos se negaban a reconocer sus propias faltas, Juan escogió ejemplos que pudieran entender y les pidió pruebas de un arrepentimiento de corazón. Les exigió que se sacrificaran personal y voluntariamente y que mostraran *un sincero deseo de servir y ayudar* a los demás. Además, les dijo que se examinaran a sí mismos para ver la motivación que había detrás de sus actitudes y acciones.

El fruto específico que Juan buscaba era un *cambio de comportamiento*, y escogió ejemplos típicos de la naturaleza egoísta que hay en todos nosotros.

Jesús nos aclara que los cambios más necesarios vienen del corazón, de nuestros pensamientos y actitudes: “Lo que del hombre sale, eso contamina

(es decir, en su existencia) tenemos fe. Muchos se aferran a esta idea equivocada; dicen que creen en Dios, y que por lo tanto, tienen fe.

La creencia en Dios es únicamente el primer paso de la fe; pero creer en Dios no necesariamente implica convicción o compromiso hacia Jesucristo y Dios el Padre. La creencia en Dios es provechosa, pero incompleta. Como hace notar el apóstol Santiago: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios (los ángeles caídos) creen, y tiemblan” (Santiago 2:19). Nuestra fe debe superar a la de los demonios.

El “capítulo de la fe” en la Biblia define la fe de esta manera: “Es, pues, la fe la certeza [la confianza, la plena seguridad] de lo que se espera, la convicción [la esperanza, la certidumbre] de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). La fe comprende creer en la existencia de cosas invisibles. El resto de Hebreos identifica a personajes reales que vivieron hace mucho y que fueron extraordinarios ejemplos de fe. Ellos creían en Dios, incluso hasta el punto de morir por él, pero confiaban en que él los protegería o los resucitaría a vida eterna en su reino. Ellos creyeron, y su fe les dio la fortaleza y seguridad para seguir adelante.

Pero la fe no es una simple ilusión, una esperanza vacía en que todo se arreglará de alguna manera. La fe es la profunda convicción de que Dios se preocupa profundamente por nosotros y que siempre actúa con nuestros mejores intere-

ses en mente.

Cada uno de nosotros puede tener este tipo de fe. De hecho, *debemos* tenerla si deseamos honrar y amar a Dios, porque “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (v. 6).

Este pasaje describe dos aspectos de la fe. Primero, debemos creer que Dios existe. Él es el Creador y Gobernador todopoderoso y justo que se preocupa de su creación, incluyéndonos a nosotros. Esto es algo que podemos comprender mediante la magnificencia de la creación física que vemos a nuestro alrededor y en nosotros mismos (Romanos 1:20). Segundo, debemos creer que Dios finalmente recompensará a quienes lo busquen y obedezcan con toda humildad.

Cambiar nuestras vidas para someternos a Dios (lo que la Biblia describe como arrepentimiento) se basa en la convicción de que él intervendrá en nuestras vidas y finalmente nos concederá vida eterna. El hecho de decir “yo creo” no es suficiente si no va acompañado de cambios fundamentales en nuestra vida. La clase de fe que se requiere para la salvación incluye no solo que entendamos lo que Dios desea de nosotros, sino también que pongamos en práctica ese conocimiento. Para aprender más sobre este tema, descargue o solicite nuestro folleto *Usted puede tener una fe viva*.

al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos . . .” (Marcos 7:20-21). Entonces explicó cómo se manifiestan aquellas actitudes internas: “. . . los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (vv. 21-23).

Dios desea que nos arrepintamos y que adoptemos su modo de pensar; sin embargo, para algunos este cambio puede ser tan abrumador que les parece imposible. ¡Y así es! Sin la ayuda de Dios, es *absolutamente* imposible.

Cuando Jesús comparó la entrada al Reino de Dios con el paso de un camello a través del ojo de una aguja, los discípulos preguntaron asombrados: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?” (Marcos 10:23-26). Jesús respondió: “Para los hombres es imposible, mas para Dios no; porque todas las cosas son posibles para Dios” (v. 27). Para arrepentirnos realmente, debemos aprender a confiar en Dios más que en nosotros mismos.

En Lucas 18:9-14 Jesús hizo un contraste entre la actitud de un fariseo que, aparentando ser muy justo, confiaba en sí mismo, y la de un publicano arrepentido que reconocía su propia incapacidad espiritual y buscaba obtener de Dios ayuda para alcanzar la verdadera justicia. Jesús explicó que el perdón de Dios (la justificación) se concede a todo aquel que, en vez de confiar en sí mismo, mira hacia Dios con humildad buscando la fortaleza para arrepentirse y cambiar su comportamiento.

Busquemos la ayuda de Dios

Si usted realmente desea dedicarle su vida a Dios, es necesario *que le pida* el don del arrepentimiento. Es esencial *que le diga* en oración cuáles son sus intenciones y que *busque su ayuda*; no debe confiar en su propia capacidad para percatarse de sus pecados y desarraigarlos. Si usted no tiene el hábito de orar regularmente, o si nunca ha orado y la sola idea de hacerlo le hace sentirse incómodo, comprenda que Dios *desea* ayudarle. Jesús prometió: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mateo 7:7). Si desea sinceramente seguir los mandamientos e instrucciones de Dios, *dígaselo* con toda confianza.

La clave consiste en tener fe en él. En Hebreos 11:6 se nos dice: “Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”. A nosotros nos corresponde actuar con fe y confiar en que Dios contestará nuestras oraciones (vea “El importantísimo rol de la fe”, comenzando en la página 14). Este es uno de los pasos más importantes de toda la vida. ¡No se detenga! Tómese el tiempo ahora y hable con Dios.

Examinemos ahora el significado del bautismo.

El bautismo en agua y la imposición de manos

“Cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres” (Hechos 8:12, NVI).

Después del arrepentimiento, el siguiente paso es el bautismo en agua, uno de los principios fundamentales de la doctrina de Jesucristo (Hebreos 6:1-2). Quienes desean recorrer el camino hacia la vida eterna deben comprender dos ceremonias básicas y tomar parte en ellas: el bautismo en agua y la imposición de manos. Ambas son necesarias para recibir el Espíritu Santo.

Las palabras *bautizar* y *bautismo* se derivan del verbo *baptizo* en griego, que significa “hundir” o “sumergir”. El significado de *sumergir* es “meter debajo del agua”. Esto nos indica, sin lugar a dudas, que la *inmersión* es el método bíblico para bautizar. El bautismo por inmersión simboliza nuestra muerte y sepultura, y la salida de las aguas bautismales simboliza la resurrección a una nueva vida en Cristo (Romanos 6:3-5).

Notemos cómo Felipe bautizó al eunuco etíope. Se detuvieron junto a un río, “y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó”; luego, “subieron del agua” (Hechos 8:38-39). ¿Por qué se metieron ambos al agua? Para que Felipe pudiera bautizar al eunuco sumergiéndolo completamente. Después, al salir del agua, el eunuco podría comenzar una nueva vida en Cristo.

Jesús les dijo a sus seguidores: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). La palabra griega traducida como “en” también puede traducirse como “dentro”. Cuando un ministro de Dios sumerge a un converso en el agua, sepultando simbólicamente al “viejo hombre”, realiza dicho acto en el nombre o por la autoridad de Jesucristo (Hechos 2:38). Como resultado, la persona comienza una nueva relación con Dios.

Una muerte y sepultura simbólica

El bautismo simboliza nuestra unión con Cristo en su muerte, y representa tanto la muerte de Jesús como nuestra propia muerte y sepultura: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos

sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo . . .” (Romanos 6:3-4).

A los ojos de Dios, “fuimos plantados juntamente con él en la semanza de su muerte . . . sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (vv. 5-6).

Antes del milagro del arrepentimiento, somos esclavos del pecado. Pablo les explicó a los cristianos en Roma que una vez que hemos sido bautizados en Cristo, ya no somos esclavos del pecado (Romanos 6:3-4). “Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto [mediante la muerte simbólica del bautismo], ha sido justificado del pecado” (vv. 6-7).

Pero somos rescatados –comprados, redimidos– de la esclavitud del pecado mediante el sacrificio de Jesucristo (1 Pedro 1:18-19; Apocalipsis 5:9). Al ser comprados por Dios, ahora le pertenecemos a él: “Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:20).

Al ser transformados de esclavos del pecado a siervos de la justicia, ya no servimos al pecado (Romanos 6:17-18). Nuestra nueva forma de pensar produce los frutos del arrepentimiento y de la justicia (vea Gálatas 5:22-23), y como dice en los versículos 24-25 de Gálatas 5: “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”.

La resurrección a una vida nueva

Esta vida en el Espíritu también es simbolizada en la ceremonia bautismal, porque el bautismo representa no solo nuestra muerte al pecado, sino también nuestra resurrección a una nueva vida en Cristo: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4). Una vez que un ministro de Dios nos bautiza e impone las manos sobre nosotros, el Eterno nos entrega su Espíritu Santo como un “depósito inicial” de nuestra futura transformación a seres espirituales y de la vida eterna, “como garantía de sus promesas” (2 Corintios 1:22, NVI). Como vemos, el bautismo es el entierro simbólico de nuestro viejo ser y el comienzo de una nueva vida como siervos obedientes de Dios.

El apóstol Pablo compara esta vida nueva con un cambio de vestimenta, “porque todos los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo” (Gálatas 3:27, NVI). Nos revestimos de Cristo reemplazando las actitudes, acciones y hábitos nocivos con otros buenos y que agradan a

Dios. En Colosenses 3:12 leemos: “Por lo tanto, como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, amor y paciencia” (NVI).

Nuestra nueva vida nos coloca en el camino que finalmente nos llevará a la vida eterna y, por consiguiente, a nuestro ingreso en el Reino de Dios;

esto sucederá en el momento de la resurrección, cuando Jesucristo regrese a la Tierra. “Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Romanos 6:5).

Nótese que la resurrección ocurrirá *en el futuro*, cuando seamos transformados en espíritu (1 Corintios 15:51-52). Aunque quizá no comprendamos todo lo que



El bautismo por inmersión simboliza nuestra muerte y sepultura, y la salida de las aguas bautismales simboliza la resurrección a una nueva vida en Cristo.

significa ser transformados en espíritu, podemos confiar en las palabras del apóstol Juan, quien escribió: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios . . . Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:1-2).

El Espíritu de Dios es otorgado mediante la imposición de manos

El siguiente paso en el camino hacia la vida eterna es recibir el Espíritu de Dios mediante “la imposición de manos”, como se menciona en Hebreos 6:2. Vemos en las Escrituras que al bautismo en agua le sigue la ceremonia de imposición de manos, que es cuando recibimos el Espíritu Santo: “Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo . . .” (Hechos 19:6).

En Hechos 8:12 se nos dice que “hombres y mujeres” en Samaria entendieron el mensaje que predicó Felipe, se arrepintieron y fueron bautizados; sin embargo, no recibieron el Espíritu Santo hasta que Pedro y Juan oraron y les impusieron las manos. En los versículos 15-17 leemos: “. . . los cuales

[Pedro y Juan], habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces *les imponían las manos*, y recibían el Espíritu Santo”.

Vemos, pues, que después del bautismo recibimos el Espíritu Santo mediante la *oración* y la *imposición de manos* de los ministros de Dios, quienes son sus representantes.

Aquí es muy importante tomar en cuenta el aspecto de la representación. Durante la imposición de manos, Dios otorga su Espíritu al creyente mediante su divino poder y autoridad, los cuales él confiere a sus representantes humanos, ya que estos carecen de poderes sobrenaturales; Dios trabaja a través de ellos, y quiere que entendamos que él opera mediante sus embajadores humanos.

Esto es solo una parte del esquema general por el cual se rige la Iglesia para trabajar unida y de manera ordenada. Todos sus miembros tienen la obligación de



Recibimos el Espíritu Santo mediante la oración y la imposición de manos de los ministros de Dios, quienes son sus representantes.

ayudarse, cuidarse y someterse mutuamente. Sin embargo, algunos tienen la especial tarea de servir a los demás mediante su liderazgo y enseñanzas, y Dios exige la imposición de manos para ayudarnos a entender este aspecto. (Para más información sobre cómo formar parte de la Iglesia de Dios, lea “El Cuerpo espiritual de Cristo”, en la página 32).

¿Por qué necesitamos el Espíritu Santo?

¿Qué papel desempeña el Espíritu de Dios en nuestra vida? Podemos luchar por nuestra propia cuenta, esforzarnos y hasta rogar sinceramente para obtener la victoria sobre algún pecado, y aun así no lograrlo. Después del bautismo y la imposición de manos, el Espíritu que nos guía al arrepentimiento sigue obrando en nosotros con más poder aún, para ayudarnos a ver y vencer nuestros pecados y defectos.

Debido a que es imposible guardar por nosotros mismos la ley de Dios

en su completo sentido espiritual, y vencer así el pecado, Jesús dijo que enviaría al Espíritu Santo para guiarnos y ayudarnos (Juan 14:16-18). Cuando hacemos todo lo humanamente posible por obedecer a Dios, él nos da, mediante su Espíritu, la ayuda que necesitamos para obedecer su verdad y tener una mente sana que refleje su amor (Hechos 5:32; Juan 16:13; 2 Timoteo 1:7).

El Espíritu de Dios nos ayuda a vencer nuestras debilidades y los deseos egoístas de la naturaleza humana (Romanos 7:13-20); nos permite adorar a nuestro Creador en espíritu y en verdad (Juan 4:23-24); nos consuela durante las pruebas y hace posible que la mente de Cristo obre en nosotros (Filipenses 2:5). Por medio de su Espíritu, Dios nos inspira, nos guía y nos convierte en sus propios hijos (Romanos 8:13-14; 1 Corintios

¿Se debe bautizar a los niños?

En la mayoría de las iglesias, el bautismo de los niños recién nacidos es una ceremonia solemne que se considera de gran importancia. Pero ¿hay en el Nuevo Testamento algún ejemplo concreto de esta costumbre?

Al bautizar a los niños, generalmente se les rocía o vierte un poco de agua sobre la cabeza. Sin embargo, el ejemplo bíblico del bautismo consiste en la sumersión completa de la persona.

Existe también otro factor importante que va en contra del bautismo de infantes. El bautismo representa el inicio formal de un pacto con Dios, así como nuestra aceptación de tal pacto (Romanos 6:1-6; Colosenses 2:11-12). Según la Biblia, este paso debe ser precedido de arrepentimiento (un cambio en nuestra forma de pensar y actuar, mediante el cual nos comprometemos a vivir de acuerdo con las normas de Dios) y fe en Jesucristo. Ningún niño de pocos días de nacido puede hacer esto.

Aunque el apóstol Pablo comparó el bautismo a la circuncisión, eso no significa que los niños deben ser bautizados. Es cierto que hubo ocasiones en que Jesús bendijo

a los niños (Marcos 10:13-16), pero eso es muy distinto del bautismo, que es un símbolo externo de un profundo compromiso interno. Al contrario de la circuncisión, la cual es mejor hacerla en la infancia (Génesis 17:12), el bautismo debe aplazarse hasta que se tenga la suficiente madurez para entender plenamente lo que implica el arrepentimiento. La seriedad del bautismo indica que es una decisión que debe ser tomada únicamente por personas maduras.

Es más, la costumbre de la “confesión” como una forma de “confirmación” del bautismo que se efectuó en la tierna infancia, es completamente contraria al ejemplo del Nuevo Testamento. De acuerdo a esta práctica, el bautismo se efectúa primero, y muchos años después se toma la decisión consciente de seguir el camino de vida de Dios. En cambio, la Biblia describe el bautismo como algo que se hace después de reflexionar profundamente sobre lo que representa la decisión de someterse a Dios y vivir en obediencia a su ley.

La costumbre de bautizar a los infantes no tiene respaldo alguno de las Escrituras, ni mediante enseñanza o ejemplo.

2:10-11).

La superación de nuestros pecados habituales y de nuestra naturaleza egoísta no se produce instantáneamente, sino que es un proceso que *dura toda la vida* y a veces nos exige un gran esfuerzo. Unos 20 años después de su milagrosa conversión, el apóstol Pablo se refirió a su permanente lucha por vencer los deseos perversos que le asediaban. Esos impulsos egoístas eran tan fuertes, que incluso llegó a describirlos como otra “ley” dentro de él:

“Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago . . . Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del

¿Debemos desear el bautismo en fuego?

Juan el Bautista proclamó que Jesucristo vendría y bautizaría “en Espíritu Santo y fuego” (Mateo 3:11). Algunos creen que deben recibir este bautismo en fuego. Estudiemos cuidadosamente este pasaje para entender a qué se refiere.

En el versículo 8, Juan les exigió pruebas a los fariseos y saduceos de que se habían arrepentido del pecado, y empleó dos alegorías para establecer un principio. Primero, les señaló que cuando un árbol no da buen fruto, es cortado de raíz y quemado en el fuego (v. 10). Jesús repitió este principio en Mateo 7:19.

La segunda alegoría se basaba en el aventamiento del trigo. *Aventar* significa separar el trigo de la cáscara, el tallo y la paja. Juan estaba dando a entender cómo Jesucristo va a tratar a las personas que no dan fruto: “Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apaga” (Mateo 3:12).

Ambos ejemplos demuestran el tema

principal de la Biblia: Dios quiere que seamos semejantes a Cristo y que demos buen fruto. Si lo hacemos, Jesús nos promete la vida eterna, que es el mensaje principal del evangelio. Quienes se nieguen a arrepentirse y cambiar su modo de pensar serán consumidos por el fuego (Malaquías 4:1).

A propósito de las actitudes del pecado, Jesús proclama: “Los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8). Apocalipsis 20:15 agrega: “Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”.

La muerte en aquel lago de fuego es la segunda muerte; es el bautismo en fuego para los que no se arrepienten. Por lo tanto, definitivamente no es algo deseable.

Para aprender más, descargue o solicite nuestro folleto gratuito *El cielo y el infierno: ¿Qué enseña realmente la Biblia?*

pecado que está en mis miembros” (Romanos 7:18-23).

Pero Pablo también notó que con la ayuda del Espíritu de Dios, aquella naturaleza humana podía ser dominada: “Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13).

Algunos se equivocan al creer que una vez que reciban el bautismo Dios se encargará de todo. Tal concepto es erróneo y peligroso. Dios espera que resistamos el pecado y que nos esforcemos para que su Espíritu desempeñe un papel activo en nuestra vida diaria. En 2 Timoteo 1:6 Pablo exhortó a Timoteo para que avivara “el fuego del don de Dios [el Espíritu Santo] que está en ti por la imposición de mis manos”, demostrando así que tenemos una responsabilidad personal en nuestra salvación. Timoteo tenía que avivar el Espíritu de Dios, no limitarse simplemente a quedarse quieto y dejar que Dios lo hiciera todo por él. En Filipenses 2:12 Pablo nuevamente dijo que debemos ocuparnos en nuestra salvación con temor y temblor.

El milagro de la transformación

El Espíritu de Dios que obra en nosotros nos ayuda a cambiar y empezar a producir buen fruto en nuestra vida. En Gálatas 5:22-23 se enumeran varias cualidades que el Espíritu de Dios produce en la vida de los verdaderos cristianos: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza, las cuales se hacen cada vez más notorias a medida que crecemos espiritualmente.

El fruto de la justicia es muy importante; también es importante entender que el mérito por la presencia de este fruto es de Dios. Pablo expresó a los filipenses su deseo de ser aceptable a Dios con estas palabras: “No quiero mi propia justicia que procede de la ley [es decir, no intenta guardar la ley por cuenta propia], sino la que se obtiene mediante la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios, basada en la fe” (Filipenses 3:9, NVI).

Notemos que Pablo confiaba en que Dios produciría la justicia en él, sabiendo que “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Él entendía muy bien que tenía una sociedad con Dios y que debía cooperar con ella y hacer su parte. Como escribió en Colosenses 1:29, “para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí”.

Cuando Dios nos llama para ser sus hijos, comienza por alejarnos de la vanidad, el egoísmo y la desobediencia que han caracterizado nuestra vida. Nos transforma mediante la renovación de nuestra mente, proceso al cual debemos someternos. Pablo exhortó a los romanos: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agrada-

ble y perfecta” (Romanos 12:2).

Pablo explicó que esta transformación no es instantánea, sino que requiere de cambios constantes en nuestro modo de pensar y en nuestra perspectiva; estos cambios deben afectar permanentemente la forma en que vivimos. Por consiguiente, nos convertimos en un “sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es [nuestro] culto racional” (Romanos 12:1).

Pablo además advirtió: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:5). Él describió la actitud y el comportamiento que se hacen evidentes en la mente convertida: “Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (vv. 2-4). El tener la mente de Cristo es lo que hace posible esta transformación.

El significado simbólico del bautismo es muy profundo. Representa tanto el perdón de los pecados como una vida nueva en Cristo, y debe cambiar nuestra vida para siempre. Estas bendiciones han sido adquiridas a gran precio: Jesucristo sacrificó su propia vida para que pudiésemos tener acceso a la vida eterna mediante el perdón de nuestros pecados, tema que examinaremos en más detalle en el próximo capítulo.

El perdón de los pecados

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados . . .” (Hechos 2:38).

¿Cómo podemos ser perdonados, y qué relación tienen Jesucristo y el bautismo con este tema? La Biblia dice que Dios perdona nuestros pecados y errores. Nuestros pecados y sentimientos de culpa desaparecen completamente mediante la fe en el sacrificio de Jesucristo. Solo entonces estamos completamente limpios delante de Dios (Hechos 22:16).

Es consolador saber que Dios no solamente perdona nuestros pecados,

sino que los olvida totalmente: “Seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (Hebreos 8:12).

David se admiraba de la magnitud de la misericordia y el perdón de Dios. Él escribió: “Como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está



La Biblia dice que Dios perdona nuestros pecados y errores. Nuestros pecados y sentimientos de culpa desaparecen completamente mediante la fe en el sacrificio de Jesucristo.

lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Salmos 103:11-12).

Por medio del profeta Isaías, Dios nos habla del perdón que recibimos después de que nos arrepentimos y nos volvemos hacia él: “Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien . . . si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” (Isaías 1:16-18).

El apóstol Pablo dijo claramente que los injustos no heredarán el Reino

de Dios (1 Corintios 6:9). Después explicó cómo somos lavados y justificados: “Esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (v. 11). Jesucristo santifica la Iglesia “habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26).

Este lavamiento de la suciedad acumulada de nuestros pecados es simbolizado por el bautismo. Antes de que Pablo fuera bautizado, Ananías le dijo: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22:16). Al sumergir nuestro cuerpo completamente debajo del agua, simbolizamos nuestro lavamiento total.

Desde luego, el agua es solo un símbolo. En realidad, el lavamiento y la reconciliación con Dios se logran mediante la sangre de Jesucristo, nuestro Salvador (Romanos 5:8-10; Hechos 20:28). Sin su sacrificio, nuestros pecados no pueden ser lavados.

La culpabilidad queda atrás

Afortunadamente, Dios no lleva un expediente para anotar las buenas obras en una lista y las malas en otra. Todos nuestros pecados son borrados si los confesamos, nos arrepentimos de ellos y pedimos perdón a Dios: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Jamás podremos recompensar a Dios por el precioso don del perdón de nuestros pecados y el lavamiento de nuestra culpabilidad, ni con buenas obras ni mediante ningún esfuerzo humano de nuestra parte.

Es normal que nos sintamos culpables cuando pecamos, y con frecuencia el dolor producido por las consecuencias de nuestros errores subsiste. Sin embargo, la culpabilidad no debe prolongarse ni convertirse en un lastre que nos deprima y debilite.

La culpabilidad puede dar lugar a sentimientos inútiles de inferioridad y amargura. Después de arrepentirnos, Dios perdona totalmente nuestros pecados y no hay razón para seguir sintiéndonos culpables, a no ser que volvamos a pecar. Pero aun en ese caso, debemos arrepentirnos inmediatamente, pedirle perdón a Dios y dejar atrás el sentimiento de culpabilidad. En su infinita misericordia, Dios aplica el sacrificio de Cristo para cubrir nuestro pecado y eliminar nuestra culpa.

Confiado en el perdón de Dios, “entremos directamente a la presencia de Dios con corazón sincero y con plena confianza en él. Pues nuestra conciencia culpable ha sido rociada con la sangre de Cristo a fin de purificarlos, y nuestro cuerpo ha sido lavado con agua” (Hebreos 10:22, Nueva Traducción Viviente). La conciencia limpia es uno de los dones más maravillosos que Dios les puede dar a sus hijos.

El rey David era un hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22). No era perfecto, pero sí se esforzaba por evitar que el pecado lo separara de Dios. En Salmos 139:23-24 David oró: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”.

También oró de esta manera: “Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Salmos 51:9-10).



El lavamiento y la reconciliación con Dios se logran mediante la sangre de Jesucristo, nuestro Salvador. Sin su sacrificio, nuestros pecados no pueden ser lavados.

¿Cómo se perdona el pecado?

El pecado es la transgresión de la sagrada ley de Dios (1 Juan 3:4), y la pena que todos merecemos por haber pecado es la muerte (Romanos 6:23). Esta relación de causa y efecto es absoluta y funciona automáticamente: la pena de muerte tiene que ser pagada.

Uno no puede lanzarse de un edificio de diez pisos pretendiendo burlar la ley de la gravedad, sin pagar forzosamente el precio de su acción. Asimismo, cuando quebrantamos la ley espiritual de Dios, alguien tiene que pagar la pena de muerte. El perdón no significa que se *elimina* la pena por nuestros pecados, sino que esta es *transferida* a alguien capaz de aceptarla y de pagarla en nuestro lugar. La pregunta es, ¿quién paga la pena?

Puesto que todos hemos pecado y estamos bajo la pena de muerte, Dios sabía que se iba a necesitar un Salvador que muriera por los pecados del mundo. Notemos las palabras del apóstol Pedro: “Como bien saben, ustedes fueron rescatados de la vida absurda que heredaron de sus antepasados. El precio de su rescate no se pagó con cosas percederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto. Cristo, a quien Dios escogió antes de la creación del mundo, se ha manifestado en estos últimos tiempos en beneficio de ustedes” (1 Pedro 1:18-20, NVI).

El apóstol Juan habló del gran amor que Dios tiene por nosotros y del sacrificio de Jesucristo, quien paga la pena por nuestros pecados haciendo posible el perdón: “Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2), y: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:9-10).

Dios en realidad creó todas las cosas por medio de su Hijo, Jesucristo (Juan 1:1-3, 14; Efesios 3:9; Colosenses 1:16-17; Hebreos 1:1-2). Como Creador de la humanidad, y siendo el Hijo perfecto de Dios que vivió una vida inmaculada en la carne, Jesucristo pudo convertirse en el *sacrificio perfecto* por los pecados de toda la humanidad.

El amor y sacrificio perfectos de Jesucristo

La asombrosa verdad es que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Más increíble aún es el hecho de que Dios nos amó siendo todavía pecadores: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Jesucristo tiene un profundo y ardiente deseo de ayudar a la humanidad para que pueda compartir con él la eternidad en el Reino de Dios (Mateo 23:37). Pablo dijo que debemos tener “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2).

No fue nada gozoso para él sufrir azotes y la crucifixión, una forma de ejecución horriblemente brutal y cruel. En Isaías 52:14 se profetizó que el aspecto de Jesús sería “desfigurado de los hombres . . . y su hermosura más que la de los hijos de los hombres”.

En Salmos 22:1-20 se describen algunos de los pensamientos y sentimientos de angustia y dolor que Jesús experimentó durante su traición y muerte. Sin embargo, tuvo la entereza espiritual para mirar más allá de su propio sufrimiento y enfocarse en el gozo de vivir eternamente con los otros que seguirían el camino hacia la vida eterna (Hebreos 12:2).

Él aceptó voluntariamente la maldición –la pena de muerte– que nos correspondía a nosotros, “hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gálatas 3:13). (Para más información sobre quién era Jesús en realidad y qué fue lo que debió soportar por nosotros, solicite o descargue nuestro folleto gratuito *La*

verdadera historia de Jesucristo).

El sacrificio de Jesucristo fue tan completo, que ningún pecado alguna vez cometido puede ser demasiado grave como para que Dios no lo perdone (Salmos 103:3). El apóstol Pablo se consideraba a sí mismo como el peor de todos los pecadores, y sin embargo Dios lo utilizó poderosamente después de su conversión (1 Timoteo 1:15). A través de todo el libro de los Salmos, el rey David alabó la misericordia de Dios; él comprendía la grandeza de la misericordia divina (Salmos 119:64).

Tales ejemplos deben infundirnos gran esperanza. Sin importar cuáles sean nuestros antecedentes ni los errores que hayamos cometido, Dios promete perdonarnos completamente después de que nos arrepintamos y bauticemos.

Las enseñanzas de la psicología pueden hacernos sentir bien en cuanto a nosotros mismos y animarnos a mejorar nuestra autoestima, pero ni ellas ni ningún otro esfuerzo humano pueden perdonar el pecado y eliminar la pena espiritual que lo acompaña. Solamente el sacrificio de Cristo puede borrar nuestros pecados y limpiarnos completa y permanentemente.



Enterrar el pasado

Así como Dios olvida los pecados de los cuales nos hemos arrepentido, nosotros también debemos olvidarlos. Una vez que nuestros pecados han quedado enterrados en la tumba representada por el bautismo, no debemos volver atrás

Una vez que nuestros pecados han quedado enterrados en la tumba representada por el bautismo, no debemos volver atrás para desenterrarlos. Teniendo en cuenta el simbolismo de esta ceremonia, tal cosa equivaldría a robar tumbas.

para desenterrarlos. Teniendo en cuenta el simbolismo de la ceremonia bautismal, intentar revivirlos equivaldría a robar tumbas.

Algunos tienen el concepto de que arrepentirse significa permanecer interminablemente angustiados por los pecados del pasado, pero Dios no quiere penitencia sino *arrepentimiento*. Él no quiere que sigamos sacando a relucir nuestros antiguos pecados aferrándonos a ellos, y espera que

confiemos en él y en su deseo de perdonarnos y olvidar completamente nuestras faltas.

Por supuesto, debemos aprender de nuestros errores, pero una vez aprendida la lección, debemos dejarlos enterrados en el pasado, para que “andemos en vida nueva” (Romanos 6:4). A los ojos de Dios, el hombre o la mujer que hace esto se convierte en una nueva persona, alguien que ha sido completamente perdonado, como si jamás hubiera pecado.

Es importante verse a sí mismo de esta manera y mirar siempre hacia adelante. Pablo expresó este concepto en Filipenses 3:13-14 cuando escribió: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”.

Después de comprender que es posible obtener el perdón mediante el perfecto sacrificio de Jesucristo, debemos saber cómo mantener el rumbo. En el capítulo siguiente veremos cómo podemos permanecer en el camino angosto que nos llevará a la vida eterna.

Mantengamos el rumbo

“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio” (Hechos 3:19).

El bautismo y los demás pasos que debemos dar solo marcan el comienzo de nuestro viaje hacia la vida eterna. Antes de llegar a nuestro destino habrá que recorrer, por así decirlo, miles de kilómetros. En este capítulo examinaremos algunos de los aspectos de ese viaje que nos revela nuestro mapa, la Biblia. Recordemos que el camino que estamos recorriendo es angosto (Mateo 7:14). Un sentido claro de nuestra dirección y propósito nos puede ayudar a mantener el rumbo.

Cuando respondemos al llamamiento de Dios mediante el arrepentimiento y el bautismo, nos esperan muchas bendiciones y oportunidades. Nuestra forma de pensar empieza a cambiar, y van aumentando la sabiduría, el conocimiento, la prudencia y el entendimiento (Proverbios 2:1-11). Con el tiempo, iremos aprendiendo a pensar y actuar como lo hace Dios.

Cómo seguir adelante

Vendrán pruebas y tendremos que hacer sacrificios (Mateo 10:35-39), pero las pruebas contribuyen a la formación de nuestro carácter. El apóstol Santiago, medio hermano de Jesús, escribió: “Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas prueba, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada” (Santiago 1:2-4, NVI).

Jesucristo nos advierte que debemos calcular el costo de emprender este camino: “Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar” (Lucas 14:28-30).

Al hablar con un hombre que quería imponer condiciones antes de comprometerse como discípulo, Jesús le dijo: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62). Jesús espera que sus seguidores mantengan el rumbo hasta llegar al destino.

Así como los niños tambalean cuando están aprendiendo a caminar, nosotros también tambaleamos al emprender este viaje por el angosto camino que lleva hacia el Reino de Dios. Las tentaciones y las pruebas que afrontamos a veces nos hacen vacilar y caer, pero recordemos que Dios y Jesucristo están presentes para consolarnos y ayudarnos a cada paso.

El Cuerpo espiritual de Cristo

Según el bautismo enseñado en la Biblia, uno no se bautiza dentro de alguna secta u organización humana sino que se convierte en miembro del Cuerpo espiritual de Cristo (1 Corintios 12:27; Efesios 2:19-22).

En 1 Corintios 12:13 leemos que “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en *un cuerpo*, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”.

Este cuerpo se llama la Iglesia de Dios (1 Timoteo 3:15). La afiliación a esta solo es posible gracias a Dios, no a los hombres ni organizaciones humanas, después de un genuino arrepentimiento y consiguiente bautismo. El vocablo griego traducido como “iglesia” es *ekklesia*, y significa “los llamados o convocados”. En otras palabras, Dios llama a quienes él quiere que salgan de esta sociedad, para que formen parte de su Iglesia espiritual.

Jesús dijo que sus discípulos o seguidores tendrían que ser enseñados (Mateo 28:19-20). En Efesios 4:11-13 el apóstol Pablo también dijo: “Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.

Aquí vemos que la Iglesia, como el Cuerpo de Cristo, tiene la obligación y responsabilidad

de ayudar a los cristianos para que crezcan espiritualmente, lo cual requiere que colaboren y tengan la guía de pastores fieles y llamados por Dios. Dios nos advierte que debemos luchar por tener unidad y reconocer la necesidad que tenemos los unos de los otros (1 Corintios 12:12-25; Efesios 4:1-3).

Para poder mantenernos en el camino que lleva hacia la vida eterna, es importante que encontremos una iglesia, o sea un grupo de creyentes que han sido llamados, donde podamos aprender doctrina sana junto a otras personas que tienen nuestras mismas creencias y prácticas.

En Hebreos 10:24-25 se nos dice: “Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”. En la Iglesia de Dios Unida reconocemos la necesidad de que el pueblo de Dios tenga la oportunidad de reunirse para recibir instrucción bíblica y gozar de camaradería cristiana. Reunirse regularmente con el pueblo de Dios es de gran ayuda para el crecimiento espiritual de los miembros del Cuerpo de Cristo.

Si usted desea visitarnos, le pedimos que escriba a cualquiera de las direcciones anotadas en este folleto y con mucho gusto le informaremos de nuestra congregación más cercana a su domicilio o visite nuestro sitio web iduai.org. Nuestros visitantes son siempre bienvenidos.

Nuestra tarea es seguir adelante y convertirnos en cristianos maduros. El apóstol Pablo dijo: “Todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que *por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal*” (Hebreos 5:13-14).

Vivir conforme al camino de Dios debe ser siempre lo más importante en nuestra vida. Debemos buscar “primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mateo 6:33).

La clave para mantenernos bien encarrilados en el camino de Dios es la oración constante y el estudio de su Palabra inspirada. Como mencionamos anteriormente, el contacto con otros creyentes puede ser de gran estímulo en nuestra nueva vida dedicada a Dios.

En Mateo 7:21 Jesús dijo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”. Como seres con libre albedrío, decidimos lo que vamos a hacer, pero Jesucristo espera que hagamos nuestra parte manteniéndonos fieles a él. Como ya lo explicamos, en nuestra vida debemos producir fruto que sea agradable a Dios.

El final del camino es el Reino de Dios

Ahora notemos algunas cosas acerca del Reino de Dios y la vida eterna, el final de nuestro viaje espiritual.

Debemos tener en cuenta que el Reino de Dios constituye el tema central del evangelio que enseñó Jesucristo. En Marcos 1:14-15 se nos dice que “Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”. Después de su resurrección, Jesús siguió hablando a sus discípulos acerca del Reino de Dios (Hechos 1:3).

En un tiempo futuro, Jesucristo regresará nuevamente a la Tierra y establecerá el Reino de Dios: “El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15).

El Reino de Dios gobernará literalmente sobre toda la Tierra, reemplazando a todos los gobiernos y autoridades humanas: “El Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

Los primeros cristianos tenían los ojos fijamente puestos en el futuro Reino de Dios. En Hechos 8:12 se explica que esta era una de las principales razones por las cuales la gente creía a Dios y se bautizaba: “Cuando

creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres”. Hoy, nosotros también debemos creer el evangelio (Marcos 1:15).

Si nos mantenemos fieles a Dios durante nuestra vida, podremos compartir con Cristo el papel de reyes y sacerdotes en su reino venidero (Apocalipsis 1:6; 5:10; 20:6) y convertirnos en seres espirituales y vivir para siempre (1 Tesalonicenses 4:14-17; 1 Corintios 15:42-55). Como hijos resucitados de Dios, heredaremos de él todas las cosas: no solo la Tierra sino también el universo entero y el ámbito espiritual (Mateo 5:5; Apocalipsis 21:1-7; Hebreos 2:6-8). Si desea más información al respecto, solicite o descargue de Internet nuestro folleto gratuito *¿Por qué existimos?*

Usted puede perseverar con la ayuda de Dios

Dios nos ofrece magníficas e inimaginables promesas de un futuro sublime e incomparable. No obstante, para llegar a ese destino final es crucial que lo sigamos con incansable perseverancia, arrepintiéndonos continuamente cuando tropezamos y manteniendo nuestra mirada en la meta.

Y a pesar de que muchos enseñan que “una vez salvo, siempre salvo”, en esta vida siempre cabe la posibilidad de que quienes inicialmente se comprometen con Dios más tarde lo nieguen y pierdan su salvación (Hebreos 2:1-3; 6:4-6; 10:26-31).

Sin embargo, Dios habla de nuestra salvación como algo seguro. Y ciertamente lo es, a menos que lo rechacemos a él y a su camino por descuido o amargura.

A los que estén dispuestos a dedicarle su vida, Dios les ofrece una maravillosa perspectiva: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Efesios 1:13-14).

Y Filipenses 1:6 nos alienta con estas palabras: “. . . el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”.

Mientras busquemos activamente la voluntad de Dios y permitamos que el Espíritu Santo obre en nuestra vida, nuestra salvación futura está garantizada. Sí, Dios promete ayudarnos en cada paso del camino si nos arrepentimos y tenemos fe en que él perdonará nuestros pecados, si nos bautizamos y esperamos en él, y si buscamos primeramente su reino venidero. (Para aprender más descargue o solicite nuestro folleto gratuito *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana*).

Y ahora ¿qué?

Ahora que usted sabe qué hacer, ¿va a actuar, o desatenderá este precioso don que Dios le ofrece? Dios nos hace una invitación y una promesa por medio del profeta Isaías: “Buscad al Eterno mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Eterno, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:6-7).

En 2 Tesalonicenses 2:13-15 Pablo escribió: “Nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios *os haya escogido* desde el principio *para salvación*, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos, estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra”.

Si Dios le está llamando, ¿responderá usted?

El apóstol Pedro también escribió: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:10-11).

Ante usted se extiende el camino a la vida eterna: el único camino. ¡Ojalá que pueda encaminarse por él, sin desviarse, hasta llegar al maravilloso destino que Dios tiene preparado para usted!

DIRECCIONES

Argentina:

Casilla 118
Centenario, Neuquén

Bolivia:

Casilla 8193
Correo Central, La Paz

Chile:

Avenida Fernández Albano 786
La Cisterna, Santiago
Santiago

Colombia:

Apartado Aéreo 246001
Bogotá

Estados Unidos:

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027

Teléfono: (001) (513) 576-9796
Fax (513) 576-9795

Guatemala:

Apartado Postal No. 42- F
Ciudad de Guatemala

Perú:

Apartado 11-073
Lima

E-mail: info@iduai.org

La Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*, tiene una página web. La dirección es **www.iduai.org**. Esta página provee acceso a información sobre la Iglesia, ediciones de la revista *Las Buenas Noticias*, *El Comunicado* y también folletos.